

# Las relaciones raciales en Reflexiones

**Dra. Niurka Núñez**

Profesora e investigadora. Centro de Antropología. Cuba.

*“Cubano es más que blanco,  
más que mulato, más que negro”*

*José Martí*

Desde hace ya más de diez años, he estado inmersa en proyectos de investigación sobre las relaciones raciales en Cuba hoy. Sin ánimos de ser apologetica, sostengo el criterio de que la materialización de la igualdad racial en nuestro país —a pesar de sus imperfecciones, que no son pocas, pero que además son frecuentemente manipuladas por algunos, no siempre desde posiciones de buena voluntad— constituye un paradigma único y reconocido por muchos en el contexto de las sociedades multirraciales americanas.

Ello responde a las especificidades del proceso de etnogénesis y consolidación del pueblo cubano, sobre las cuales no es nuestro objetivo extendernos en el presente artículo, pero cuyos principales hitos —en el sentido de que permitieron alcanzar determinados niveles de integración sociorracial— pueden resumirse en<sup>1</sup>:

- Las variadas mixturas —aun cuando estuvieran signadas por relaciones de dominación y explotación— de las que fue testigo la Isla desde los momentos iniciales de la conquista y colonización, cuando indígenas, españoles y africanos, además de aportar sus esencias culturales al rico proceso de transculturación

que comenzaba, principiaron la amalgama racial que nos define<sup>2</sup>.

- El tardío desarrollo de la economía de plantación esclavista a gran escala, comenzado en las postrimerías del siglo XVIII, hecho que posibilitó que a lo largo de las centurias precedentes se formara una capa relativamente numerosa —y en no pocos casos con una relativa movilidad social— de negros y “pardos” libres que convivían y se mezclaban con blancos de similares o cercanos estratos sociales.
- La participación conjunta de blancos, negros y hasta amarillos en las guerras independentistas entre 1868 y 1898, durante las cuales un número importante de negros y mulatos alcanzó a escalar posiciones de mando en la estructura militar.
- La inserción de la lucha de negros y mulatos por sus derechos, sobre todo después de la segunda década del siglo XX, en las estrategias del movimiento obrero y de los partidos políticos de izquierda, en el marco más amplio de las confrontaciones de clases por la justicia social, para las cuales la discriminación racial era un serio obstáculo<sup>3</sup>.
- El reconocimiento en el ámbito cultural, a partir fundamentalmente de los años 30, de la contribución africana a la cultura cubana

# Cuba. y vivencias

y la penetración cada vez mayor de elementos culturales y religiosos de ese origen en la cultura “blanca” dominante.

- El triunfo de la Revolución Cubana –ya desde el propio año 1959 aparece en los discursos e intervenciones de Fidel Castro el llamado a la lucha contra la discriminación y los prejuicios raciales; con particular énfasis en la necesidad de combatir las limitaciones de acceso al empleo, las escuelas o los centros de recreación<sup>4</sup>–, que significó amplias posibilidades de desarrollo para todos, incluidos los sectores más desposeídos, coincidentes en buena medida con la población negra y mestiza.

- La dinámica de la estructura socioclasista en los años 80 que alcanzó altos horizontes de equidad al nivel de toda la sociedad.

Tales son los pilares fundamentales que sustentan nuestra afirmación inicial. Tanto nuestra investigación<sup>5</sup> en particular como

otras que nos antecedieron (baste mencionar el Atlas Etnográfico de Cuba<sup>6</sup>) revelan los altos niveles de integración y consolidación alcanzados por el etnos cubano, expresados en rasgos comunes que, sin diferencias sustanciales, caracterizan al cubano de cualquier grupo socioracial en cualquier región del país.

De esta forma, en esferas como las comidas, el vestuario, la música y el baile (excluyendo en cada caso los aspectos vinculados con la religión), los juegos, así como en algunos elementos sionormativos (valores, normas de conducta, relaciones interpersonales, etc.) resulta difícil –si no imposible– distinguir diferencias entre los grupos raciales. Una mayor connotación racial se encuentra, dentro de la cultura material, en lo concerniente a la vivienda; y en la cultura espiritual, en el



*Estudiantes.*

complejo religioso y en lo relativo a las propias relaciones interraciales.

Ahora bien, en los matices encontrados es necesario distinguir la influencia de tres factores fundamentales:

- Las peculiaridades del desarrollo etnohistórico y socioeconómico de las diferentes regiones del país, que, en el caso que nos ocupa en

particular, determinan la existencia de expresiones diferenciadas de la problemática<sup>7</sup>;

- Las particularidades de origen etnocultural, condicionadas por la interacción afrohispanica, que derivó en la multirracialidad de lo cubano, y que se expresa en que los distintos componentes raciales conservaron, sobre todo en la cultura espiritual, especificidades de origen;
- La dimensión clasista de la cultura, con la recreación de formas vitales específicas por los diferentes grupos socioclasistas, en consonancia con las condiciones reales de su existencia.

Los dos últimos elementos –las particularidades etnoculturales y las diferencias socioclasistas– están muy interrelacionados, por coincidir en buena medida a lo largo de nuestra historia las categorías de “raza” y clase; al ser los negros mayoritariamente la base de la pirámide social. Esta vinculación adquiere importancia como presupuesto teórico metodológico para el abordaje de esta temática en general: es necesario tomar en consideración que las particularidades grupales obedecen a la diferencia de aportes etnoculturales, por un lado; y a factores propios del desarrollo socioeconómico e histórico del país, por otro. Sólo el análisis de la interrelación de ambos fenómenos permite un acercamiento más objetivo al tema. El sobredimensionamiento de uno u otro factor yace en la base de muchos de los prejuicios y estereotipos raciales vigentes entre la población cubana.

Así, la investigación ha demostrado el mantenimiento de desigualdades raciales en la estructura sociolaboral. Y precisamente con los grupos socioclasistas, más que con los raciales, están relacionadas las particularidades que se manifiestan en el complejo habitacional. Es evidente la mayor frecuencia relativa de blancos en barrios o localidades “residenciales”, propias de la ocupación del espacio urbano por las distintas capas de la burguesía antes de 1959; y por el contrario, el predominio de negros y mestizos en las barriadas más populares, al interior de las

cuales, además, sobresalen con las peores condiciones de vivienda y, en particular, se destacan entre los residentes en solares y ciudadelas.

En esas condiciones se engendran patrones culturales, estilos y formas de vida –que no tienen nada que ver con lo racial– que se transmiten de generación en generación y que, a pesar de las transformaciones estructurales, son resistentes al cambio, contribuyendo a la reproducción de las desigualdades y convirtiéndose –a partir del predominio de negros y mestizos entre la población que vive en tales condiciones– en caldo de cultivo de prejuicios y estereotipos raciales: se tiende de manera casi siempre inconsciente y espontánea a identificar arbitrariamente al negro con tales rasgos culturales.

Por otro lado, en la cultura espiritual, sobre todo en aspectos relacionados con la herencia religiosa de origen africano, se hacen perceptibles diferencias relacionadas con la influencia de los antecedentes etnoculturales correspondientes, a pesar de su difusión entre amplios sectores de la población.

Todo lo expresado hasta aquí pretende explicar los matices de la situación actual, sin solapar las consecuencias que en el ámbito socioeconómico e ideológico trajo consigo el sistema de dominación colonial esclavista: la historia de desigualdades objetivas y subjetivas que han marcado las relaciones raciales en Cuba, y que se expresan aún en la actualidad.

A modo de resumen: si se tienen en cuenta, en primer lugar, los profundos procesos de transculturación que marcan la etnogénesis del pueblo cubano, el profundo mestizaje que lo define; en segundo, los matices grupales de signo racial que se conservan, tanto de origen socioeconómico como etnocultural; por último –aunque no por orden de importancia–, la influencia de la subjetividad en todo lo relacionado con la filiación racial y las relaciones sociales que se entretienen a su alrededor; se comprenderá la complejidad que entraña el acercamiento al tema.

Con el triunfo de la Revolución se dio por solucionada en Cuba la cuestión racial y sobrevino una etapa de casi total silencio sobre el tema. Así, cuando comenzamos a explorar el estado de la problemática a inicios de los años 1990, nuestro interés fue recibido con no pocas incomprendiones y hasta algo de rechazo.

Pero la crisis del llamado “período especial” trajo consigo la profundización de desigualdades de toda índole, y se hizo evidente la existencia de problemas estructurales de base que mostraron a sectores negros y mulatos de la población cubana en situación de desventaja para enfrentarla, lo que ha estado acompañado de un resurgir de todo un complejo de prejuicios y estereotipos raciales en los que se refleja no sólo la herencia de la ideología blanca elaborada desde los tiempos de la esclavitud, sino, además, nuevos mecanismos de reproducción.

Hacia tales fenómenos apuntaron los resultados de la investigación. A lo largo de estos años, y en todos los foros donde se han presentado, los mismos han sido objeto de encendido debate. Hemos estado, dicho de manera esquemática, entre dos aguas. De un lado, los que todavía niegan la necesidad de abordar el problema, y conseguir su inclusión entre las prioridades en materia de políticas sociales, o que incluso nos tildan de apocalípticos, de acrecentar su magnitud (casi siempre blancos). Del otro, aquellos que, por el contrario, nos acusan de ocupar posiciones “oficialistas”, de un tratamiento “endulzado” de la cuestión; o rechazan nuestros enfoques acerca de la unidad de la cultura cubana (casi siempre negros).

Entre estos últimos están los que se adscriben a la defensa de lo afrocubano, de la negritud, de la cultura “negra”, como algo distintivo sólo de los negros cubanos. No tenemos nada en contra de tal terminología, acuñada en la literatura en su momento (en particular en D. Fernando Ortiz) para clasificar fenómenos culturales vinculados al negro y/o de origen africano, ante las necesidades metodológicas y operativas de clasificación de los fenómenos culturales que

permitiera distinguir y rescatar, dentro del legado común, las huellas de nuestras raíces africanas.

Los fenómenos culturales de referencia –sean por sus antecedentes “hispanocubanos” o “afrocubanos”– son, sin dejar lugar a dudas, un producto cualitativamente nuevo y diferente, distintivo de la cubanía. Son más las características que nos unen y nos identifican como cubanos, integrantes de un conglomerado étnico estable, con una fuerte identidad y autoconciencia de pertenencia y rasgos diferenciadores en comparación con otras agrupaciones humanas del mismo tipo. Hay una argumentación muy simple a la vez que contundente en la autoconciencia étnica claramente definida de los entrevistados en los años dedicados a la investigación del tema, independientemente de su pertenencia racial: todos se autoconsideran cubanos, antes que blancos, negros o mestizos y sin traer a colación nunca en primera instancia a sus correspondientes ancestros.

Incluso, cuando en lo personal he sido “descalificada” en mis competencias profesionales en este campo por el hecho de ser “blanca”, y relativamente joven, no puedo resistirme a la tentación de compartir algunas de mis propias vivencias.

Crecí en un hogar donde parecía no haber ninguna preocupación por el tema racial. Una de las más cercanas amigas de mi abuela –se habían ayudado mutuamente, en particular en la crianza de sus respectivos hijos, en tiempos difíciles– era negra, y era parte de nuestra familia. Mis padres se habían divorciado, y la nueva esposa de mi papá era mulata, por ende, también lo eran mis nuevos hermanos. En la escuela, en el barrio, en los paseos, nos codeábamos con gentes de todos los “colores”.

Crecí asumiendo el color de la piel como una característica física más: ser blanco, negro o mulato tenía la misma connotación que ser alto o bajito, flaco o gordo... Y no vacilo en afirmar que tal visión fue común para la mayoría de la generación de los que nacimos en los años 60,

que creció bajo el impacto de las profundas transformaciones emprendidas por la Revolución, y ellas tuvieron una clara expresión, en particular, en la esfera de las relaciones raciales.

Así las cosas llegué a la adolescencia y tuve mi primer novio: un “moro”<sup>8</sup> de piel bien oscura, con el cual me prohibieron tener relaciones, supuestamente porque debía dedicarme a los estudios. Pero la madre del muchacho acusó a mi familia de prejuicios raciales y, aunque entonces me pareció injusta la acusación, la vida le daría la razón.

Empecé a sospecharlo cuando sucedió lo mismo con mi hermana mayor. Y me convencí cuando, ya adulta, me casé con un mulato, y las preocupaciones acerca de cómo serían mis hijos desbordaron a mi atribulada familia<sup>9</sup>. Ahora bien, ¿son mis hijas “afro” o “hispanocubanas”? ¿Portamos sus padres un patrimonio cultural diferente? Es obvio que el tema de las relaciones raciales es de interés general para todos los cubanos.

El propio problema de la clasificación de los grupos raciales, que tiene una importancia metodológica cardinal para la investigación del tema<sup>10</sup>, demuestra la riqueza y variedad del mestizaje que nos caracteriza como pueblo. No son nada raros los casos de identificación controvertida a partir de las múltiples variantes fenotípicas (color de la piel y otros rasgos físicos como el tipo de cabello, las facciones, etc., habitualmente considerados entre los cubanos como elementos de distinción), que aparecen en la realidad, puesto de lado el criterio de origen. Así, la nomenclatura popular de los fenotipos (mulatos, “jabaos”, “moros”, etc.), en muchas ocasiones no es mutuamente excluyente, y además responde a la apreciación personal de cada individuo, según el color de la piel del propio espectador y la influencia del medio circundante, los que para unos pueden ser blancos o negros para otros resultan ser mestizos o a la inversa.

Aquí se incluyen tanto los casos en que por autoafiliación se adscriben a un determinado grupo racial, pero reconocen que “otros”, por

observación, los clasifican como miembros de un grupo diferente; como aquellos que se autoafilian o no al grupo al cual, a su vez, pueden pertenecer por apariencia (“pasan por...”). Sí vale subrayar: por lo general está presente la conciencia y el reconocimiento del mestizaje familiar.

En fin, que no se trata de obviar la existencia de singularidades grupales, sino de subrayar la multirracialidad cada vez mayor de todas las expresiones de la cultura cubana. Resaltar la unidad no contradice ni hace menos importante el reconocimiento y la defensa de dichas singularidades; ni mucho menos la necesidad de continuar luchando contra las diferencias socioeconómicas que afectan, sobre todo, a la población negra y mestiza<sup>11</sup>. Se trata de encontrar el equilibrio exacto entre unidad y heterogeneidad cultural, en la noción de la unidad de lo diverso, en aras de desbrozar el camino a una cada vez mayor integración de nuestra cultura nacional.

#### NOTAS y BIBLIOGRAFÍA

- 1 De la literatura que recorre el tema vale destacar a Dechamps, 1971; Duharte, 1988; Helg, 2000; León, 1989; Ortiz, 1940 y 1941; Torres-Cuevas, 2001, entre muchos otros.
- 2 Téngase en cuenta, por mencionar solo un hecho, que eran mayoritariamente hombres los integrantes de los primeros contingentes españoles.
- 3 Las expectativas de igualdad forjadas durante las guerras de independencia y después de la abolición de la esclavitud quedaron frustradas en la naciente república. En 1908 surge el Partido de los Independientes de Color, que abogaba no por el separatismo de negros y mulatos, sino por su plena integración en la sociedad y el fin de la discriminación racial. Durante su corta existencia afrontó campañas de descrédito de la élite blanca, acusaciones de racismo contra los blancos y las más variadas formas de represión, que condujeron a la organización de una protesta armada en la entonces provincia de Oriente en 1912, culminada con una masacre racista, que puso fin a todo intento independiente de negros y mulatos de luchar por sus reivindicaciones, y que constituye una de las páginas más bochornosas de nuestra historia (ver Helg, 2000)
- 4 Castro, 1989.

- 5 La investigación se desarrolló en tres líneas temáticas: la interrelación de la estructura socioclasista y racial en el contexto sociolaboral; la caracterización etnocultural de los grupos raciales; y la dinámica de los prejuicios y estereotipos raciales, sus expresiones y factores de supervivencia en escenarios de las ciudades de La Habana, Santa Clara y Santiago de Cuba (Ver Colectivo de autores, 1993-2004).
- 6 Colectivo de autores, 2000.
- 7 Solo unas pinceladas: occidente fue la región de mayor desarrollo de la economía de plantación azucarera, y concentró gran cantidad de esclavos durante el siglo XIX, fue además el principal receptor de chinos, llegados a partir de la tercera década de la propia centuria; en el centro, dedicado fundamentalmente a la ganadería, predominaban los blancos; y en oriente, donde se localizaba el mayor número de negros y mulatos libres, aparece además con mayor nitidez el elemento indígena, aunque muy mestizado; y el francés y francohaitiano, incorporado después de la Revolución Haitiana.
- 8 Uno de los muchos términos que intentan catalogar las variadas gradaciones del mestizaje que se dan en la población cubana: piel negra y pelo más o menos lacio.
- 9 Ello rebasa lo puramente anecdótico: precisamente esta dinámica resume, en nuestra opinión, la tendencia fundamental que se da actualmente en el plano de las relaciones interpersonales: la existencia de prejuicios y estereotipos raciales no influye, por lo general, en la conducta cotidiana de los individuos, si se exceptúan las relaciones más íntimas, de pareja; y aún en ella se observa, sobre todo entre los jóvenes, una mayor flexibilización. No puede negarse la real y cada vez más profunda integración biológica y sociocultural de todos los cubanos; y el predominio de fuertes conexiones de amistad y solidaridad entre personas de todos los grupos.
- 10 Incluso entre nuestros equipos de investigación, aunque las categorías utilizadas son las mismas, blancos, negros y mestizos, hubo una aproximación diferenciada a este problema. En el estudio de la interrelación entre la estructura sociolaboral y racial se partió del fenotipo de los individuos, por su funcionamiento en el entramado de las relaciones sociales que se establecen a ese nivel. Sin embargo, en los otros dos temas, que exploraron principalmente escenarios habitacionales, la clasificación partió de criterios genealógicos: se trataba de rastrear, en la caracterización etnocultural, las posibles huellas de los diferentes antece-

dentos étnicos, coincidentes en nuestra realidad con una diferente filiación racial; y en el tratamiento del prejuicio y la discriminación raciales, su mediatización en los mecanismos de transmisión de las ideas y concepciones sobre el tema racial. El análisis se complica por las posibilidades de sesgo de cada criterio de clasificación: en el primero, los casos de identificación controvertida; en el otro, el hecho de que la información sobre el grupo racial de padres y abuelos pasa por la subjetividad de los propios entrevistados. De cualquier modo, se tuvo en cuenta la interrelación genotipo – fenotipo – autoafiliación durante la interpretación del material.

- 11 Pero no sólo a ella. Es evidente la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los entornos socioeconómicamente más deprimidos –y por ende, de la población negra y mestiza que mayoritariamente los habitan–, y el diseño de políticas educacionales y culturales específicas, encaminadas a la ruptura de esquemas de valores generados por las condiciones de existencia.

Colectivo de autores (1993-2004): *Materiales del proyecto Relaciones Raciales y Etnicidad en Cuba*. Inédito. Archivo Científico, Dpto. de Etnología, Centro de Antropología. La Habana.

\_\_\_\_\_. *Atlas Etnográfico de Cuba* (CD ROM). Centro de Antropología, CEISIC y Centro Juan Marinello. La Habana, 2000

Deschamps, Pedro. *El negro en la economía habanera del siglo XIX*. Ediciones Unión. La Habana., 1971

Duarte, Rafael. “El negro en la sociedad colonial”. Editorial Oriente. Santiago de Cuba. 1988

Helg, Aline. “Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba”. *Imagen Contemporánea*, La Habana, 2000

León, A. “Del canto y el tiempo”. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1989

Ortiz, F “Los factores humanos de la cubanidad”. *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Vol. XLV, 1940a

\_\_\_\_\_. “El fenómeno social de la transculturación y su importancia en Cuba”. *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Vol XLVI, 1940b

\_\_\_\_\_. “Por la integración cubana de blancos y negros”. *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Vol V, 1940c

\_\_\_\_\_. “Martí y las razas”. *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Vol. XLVIII, 1941

Torres-Cuevas, Eduardo y Oscar Loyola “Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación”. 1492-1898. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 2001